

Dejando una legión para guardar las ruinas de Jerusalem, fué á invernar á Cesarea, donde condenó á mas de dos mil cautivos á pelear combatiendo con las fieras, como los gladiadores, en las fiestas que hizo en 24 de Octubre con motivo del nacimiento de su hermano Domiciano. Al siguiente año hizo morir otra porción de ellos en Berito, en Fenicia, para celebrar el advenimiento de su padre al imperio: por estos hechos se puede apreciar justamente la humanidad de un príncipe, que han celebrado algunos á porfía por su gran clemencia. Volvió á Italia pasando por Egipto, y recibió de su padre los honores de un magnífico triunfo, correspondiente á la importancia de la guerra que acababa de terminar. Entre los ricos y numerosos despojos que traía, se hallaron la mesa y el candelero de oro con siete mecheros, el libro de la ley y parte de los vasos sagrados. Aun se ve en Roma un arco de triunfo, que en esta ocasión se levantó, y donde están representadas de relieve en mármol la mesa de oro y el candelero, que fueron colocados en el templo de la paz.

Aun quedaban en poder de los celadores algunas plazas fuertes: Vespasiano envió á la Judea á Lucilio Baso, que se apoderó de los castillos de Herodion y Maqeron, al otro lado del Jordan, en la costa del mar Muerto. Publio Silva, que sucedió á Baso, muerto durante su gobierno, sitió la fortaleza de Masada, que pasaba por inexpugnable, y se hallaba defendida por sicarios á las órdenes de Eleazar, nieto de Judas Galileo. Pronto los redujo á la extremidad el sitiador, y conociendo que no podían resistir mas, los sitiados tomaron el partido de matar á sus mugeres é hijos, y despues degollarse los hombres entre sí. El último que quedó vivo, asegurándose de que nadie respiraba ya, puso fuego al palacio y se suicidó. Al siguiente día entraron en la plaza los romanos, y con esta conquista quedó sumisa toda la Judea. Desde el año anterior, es decir, el 72, el emperador había dispuesto que á los judíos se les vendiesen todas sus tierras, y les había impuesto por tributo, cualquiera que fuese su número, que enviasen todos los años al Capitolio los dos draemas que estaban obligados á llevar al templo de Jerusalem, según su ley.

Repartiéronse por Egipto algunos celadores y sicarios, y procuraron sublevar á los judíos de Alejandría; pero estos arrestaron á algunos de los sediciosos y los entregaron á los romanos, que mataron unos seiscientos. Huyeron otros á la Tebaida, mas no tardaron en ser cogidos y condenados á diferentes suplicios, sin que los mas crueles tormentos hubiesen logrado que uno solo, ni aun los niños, quisiesen dar el nombre de señor al emperador. Con este motivo mandó Vespasiano que se destruyera el templo que cerca de Heliópolis habían edificado los judíos en el reinado de Tolomeo Filometor á instancias de Onias, hijo del gran sacerdote del mismo nombre. Pero el prefecto de Egipto se contentó con cerrarle, des-

pues de coger los ricos ornamentos que contenía. Por aquel mismo tiempo, cierto Jonathas atrajo á los desiertos de la Cirenaica una multitud de judíos, prometiéndoles que los protegería con sus milagros. El gobernador de esta provincia envió tropas contra ellos, que los dispersaron con bastante mortandad, y cogido Jonathas, le remitieron á Roma, y allí Vespasiano le hizo azotar con varas y luego quemar vivo. Fueron tambien muertos como tres mil judíos de los mas considerables con el pretexto de complicidad y por la simple denuncia de aquel impostor. Así se extinguieron las últimas chispas de una sublevación general, que la ceguedad de los judíos había prolongado tanto tiempo solo para que resaltasen mas los terribles efectos de la venganza divina. La historia de esta guerra obstinada y sangrienta, fué escrita por Josefo, escritor judío y testigo ocular de la mayor parte de los sucesos que refiere. Agripa, el jóven, que había manifestado mucho celo en favor de los romanos, fué recompensado con el aumento de sus Estados y los honores de pretor. Vivió hasta el fin del reinado de Domiciano, y murió sin hijos, de manera que en él se extinguió completamente la posteridad de Herodes.

Destruída Jerusalem, ya no se trató mas de las sectas que hasta entonces habían dividido á los judíos. Los saduceos, que no tenían mas partidarios que á los ricos, y que no esperaban otra recompensa que los bienes de la presente vida, mal podían conservar su crédito ni su importancia despues y en vista de las desgracias de su nación. Mucho tiempo se ocultaron en el desprecio y la oscuridad; y aunque dicen que los rabinos intentaron, en el octavo siglo y en el duodécimo, sostener los errores de esta secta, contaba corto número de miembros y esparcidos, que han dejado hace tiempo de ofrecer el aspecto de una sociedad. Los mismos fariseos no conservaron por mucho este nombre; antes divididos en dos sectas nuevas, que han subsistido hasta nuestros días, una pretende atenerse solo á la Escritura, y la otra ha conservado la mayor parte de las máximas y tradiciones soñadas por los fariseos: ésta, que es la mas numerosa y difundida, no se distingue con ningún nombre especial: la primera se conoce con el nombre de caraitas, y no existe mas que en el Oriente y quizá en algunos parages de la Polonia y de la Lituania.

Algunos judíos convertidos que habían llevado al cristianismo todas las preocupaciones antiguas en que habían incurrido ciegamente, se apegaban mas y mas á las prácticas exteriores de la ley de Moisés, obstinándose, no obstante la decision del Concilio de Jerusalem, en recargar á los fieles con una servidumbre, que la gracia de Jesucristo había abolido. A poco de ocurrida la ruina de Jerusalem, formaron una secta, que subsistió bastante tiempo en diferentes pueblos de Judea con el nombre de nazarenos. Al principio daban los judíos este nombre á todos los cristianos, mediante

á que Jesucristo era de Nazareth; pero luego se le apropiaron esta clase de herejes, que intentando ser judíos y cristianos á un mismo tiempo, creian necesaria la circuncision, guardar el sábado y las demas observancias prescritas por la antigua ley, al paso que miraban á Jesucristo como el Mesías. Admitian los nazarenos el nuevo Testamento, y hasta suponian haber conservado el Evangelio de San Mateo en idioma hebreo, no obstante que le alteraron con ciertas adiciones y supresiones. Por otra parte, no se puede positivamente decidir si creian ó no en la divinidad de Jesucristo.

Sostenian los ebionitas, que aparecieron tambien por aquellos tiempos, la necesidad de observar la ley mosaica, y aun añadian otros errores á este. Su autor fué cierto Ebion que se puso á dogmatizar en un pueblecito inmediato á Pella, donde los cristianos de Jerusalem se habian refugiado. Despues recorrió parte del Asia menor, y esparció su doctrina en la isla de Chipre y últimamente en Roma. Su nombre en hebreo, significa *pobre*, y sus discípulos se envanecian con él, dándose por verdaderos sucesores de aquellos fieles que habian vendido sus bienes para poner el valor á los pies de los apóstoles. Ellos tenian sacerdotes y ministros que llamaban gefes de la sinagoga, porque no daban nombre de iglesia á su reunion: observaban el sábado y el domingo, las ceremonias de la antigua ley y las del cristianismo, sin dejar de corromper las unas y las otras con muchas supersticiones. Adoraban á Jerusalem como casa de Dios, no comian la carne, ni aun la leche de ningun animal, se purificaban en cuanto les tocaba qualquiera hombre que no profesase su secta. Administraban el bautismo y celebraban la Eucaristia; pero no ponian en el cáliz mas que agua. Aunque reconocian á Jesucristo por Mesías, y el solo profeta verdadero, no le consideraban mas que como un simple hombre, hijo de José y de María, y escogido por sus virtudes para ser elevado á la calidad de hijo de Dios, por medio del Cristo que habia bajado á su persona en forma de paloma. El mismo Cristo que ellos diferenciaban de Jesus, no era otra cosa que una criatura, mas perfecta que los ángeles, y á quien Dios habia dado imperio sobre el siglo venidero para oponerle al demonio que ejerce su poder en el presente mundo. En lo que mira á la moral, no se apartaban menos los ebionitas de las máximas del cristianismo. Enemigos de la virginidad y de la continencia, obligaban á todos los sectarios á casarse aun antes de llegar á la pubertad, aprobaban tambien la poligamia, y permitian el divorcio voluntario para contraer matrimonio con otras mugeres. Pero en estos excesos no cayeron hasta mas adelante: además desecharon muchos libros del Testamento antiguo, y despreciaban todos los profetas posteriores á Moisés y Josué. En cuanto al nuevo Testamento, no admitian mas Evangelio que el de San Mateo, que habian tambien truncao y alterado en muchos pasages. Sobre todo, no querian adoptar la doctrina de

San Pablo, y le llenaban de calumnias, solo porque habia predicado la inutilidad de la circuncision y de otras ceremonias y observancias legales; pero se envanecian de ser discípulos de San Pedro; y para hacer subir hasta este santo apóstol sus errores, habian adulterado la relacion de sus viages atribuida á San Clemente. Tambien compusieron diferentes obras, llenas de fábulas, y las publicaron á nombre de algunos apóstoles.

La secta de los cerinthianos, que tambien traía su origen del judaismo, y que bajo ciertos aspectos parece que coincidía con la de los nazarenos y la de los ebionitas, se distinguia sin embargo, por la mezcla de muchos dogmas copiados de doctrinas extrañas. Si creemos á San Epifanio, tuvo principio aquella secta casi al nacimiento del cristianismo, porque él mismo asegura que Cerintho fué quien indujo á los judíos convertidos á que murmurasen contra San Pedro despues del bautismo de Cornelio: que sus discípulos fueron los autores de las disputas que ocurrieron en Antioquia con motivo de la circuncision; y últimamente, que á ellos se debe aplicar todo lo que San Pablo dice en su epístola á los gálatas y en otros parages contra los falsos doctores, que se vanagloriaban de seguir la ley antigua. Mas parece cierto que esto heresiara no dió hasta despues la última forma á su doctrina, ampliando los errores nuevos que adquirió en las escuelas de Alejandria, donde estudió la filosofía de los griegos y los sistemas orientales. Fijó su residencia en el Asia menor, en que su heregia hizo muchos progresos; y aseguran que para oponerse á ellos, vino el mismo San Pablo á establecerse en Efeso. No admitia Cerintho mas que un Dios supremo: mas no le atribuía la creacion del mundo, que segun él era obra de muchas potestades inferiores y subalternas, entre las que debia contarse al Dios de los judíos; de manera que este no era el verdadero Dios; y si estos sectarios recomendaban la observancia de la ley de Moisés, puede creerse que era por el mismo principio que indujo á los gnósticos á dar culto á los malos espíritus para tenerlos propicios. Añadía tambien que habiendo resuelto el supremo Dios quitar á los ángeles creadores y degradados del imperio del mundo, envió el Cristo en Jesus de Nazareth, para comunicar á los hombres el conocimiento del Dios verdadero. El distinguía á Cristo de Jesus, como los ebionitas y otros sectarios de su tiempo, no considerando en el segundo mas que un hombre nacido del modo que los demas, é hijo de José; pero que se habia elevado sobre todos por su santidad, por lo que en cierto modo habia merecido el título de hijo de Dios, cuando el Cristo habia bajado á su persona en forma de paloma al tiempo de su bautismo. Despues de haber enseñado á los hombres por el órgano de Jesus, y obrado milagros, el Cristo que era una potestad invisible é inmortal, emanada de la divinidad, se habia retirado al cielo en el tiempo de la pasion, y solo Jesus habia sido crucificado. Mas el Cristo debia unirsele de

nuevo en el momento de la resurrección general, y entonces debía haber preparado para los justos un reinado de mil años en la tierra, que gozarían en festines y placeres voluptuosos.

Estas impiedades extravagantes se acercaban en muchos puntos á las ilusiones de los gnósticos, cuyo primer germen se halla en los errores de Simon Mago. Menandro, su discípulo, que aun vivía y que era como él de Samaria, se hizo tambien notable por sus prestigios, y sedujo cierto número de entusiastas, principalmente en Antioquia. Decía que era enviado de Dios para la salvacion de los hombres, y suponía que nadie podía salvarse si no era bautizado en su nombre; añadiendo que esto bautismo era la verdadera resurreccion que aseguraba desde esta vida la inmortalidad. Se podrá formar una idea mas completa de sus errores, cuando exponamos los de Basilides y de Saturnino, que fueron sus discípulos.

Análogos errores se hallaban tambien entre los nicolaítas, que tomaron su nombre de Nicolás, que fué uno de los siete primeros diáconos. Tenía una muger muy hermosa, de quien se apartó para vivir en continencia á ejemplo de los apóstoles; pero cediendo despues á la pasion que le conservaba, se volvió á juntar con ella; y para cubrir la vergüenza que le causó su debilidad é inconstancia, se fué comprometiendo poco á poco á sostener los mas infames principios. Esto es lo que cuentan de él gran número de autores antiguos. A pesar de eso, Eusebio y otros muchos han sostenido que Nicolás conservó toda su vida, costumbres y doctrinas enteramente puras; y que solo para autorizarse con su nombre, habian abusado los nicolaítas de algunas palabras verdaderamente reprobables, pero que soltó sin reflexion ni conocimiento del perjuicio que podian causar. De cualquier modo, estos hereges han echado una mancha en su memoria, atribuyéndole su abominable doctrina. Entregábanse sin escrúpulo á las mas vergonzosas liviandades: permitian el adulterio y comunidad de mugeres; comían carnes sacrificadas á los ídolos; y en una palabra, miraban como indiferentes todas las acciones; habian trasladado el epicurismo mas grosero al cristianismo, y no conocian otras leyes que las de las pasiones, ni otra felicidad que el placer y los gozes sensuales. Atribuian tambien la creacion y el gobierno del mundo á ciertas potestades celestes, cuya genealogía trazaban, y las designaban con nombres bárbaros, y algunas veces sacados de las Escrituras para engañar á los ignorantes. Poco tiempo siguieron con el nombre de nicolaítas: se dividieron en muchas setas, que tomaron diferentes titulos, ya sacados de los de sus autores, ya de sus dogmas, y que generalmente se entienden por él de gnósticos, porque todas aparentaban tomarle; y por otra parte tenían un principio comun con ellos, á pesar de las innumerables diferencias que habia en las circunstancias.

Mientras los hereges corrompian así los dogmas del cristianismo

con la mezcla de unas ilusiones tomadas de las doctrinas orientales, algunos filósofos trabajaban para reanimar el paganismo, y daban nuevo alimento á la supersticion con los prestigios que derivaban del mismo origen. El mas célebre de todos fué Apolonio de Tiana, á quien los paganos no se han avergonzado de oponer á los apóstoles y al mismo Jesucristo. Descendiente de una noble y rica familia, dotado de excelente memoria y viva imaginacion, reunía á todas estas ventajas una imponente figura y una notable belleza, que atraía las miradas de todos. Despues de dedicar dos años al estudio de las bellas letras en las escuelas de Tarso en Cilicia, empleó siete estudiando los sistemas de la filosofía griega, y concluyó con adoptar el de Pitágoras, cuyo exaltado misticismo convenia perfectamente al carácter de su imaginacion entusiasta. Dejó crecer la barba y el cabello, andaba con los pies descalzos, y se abstuvo de todo alimento que proviniese de animales. Se alojó en el templo de Esculapio, é iniciado en todos los misterios por los sacerdotes, se daba por favorecido del Dios, y se lisonjaba de obtener la curacion de los enfermos. Regresó á su país con motivo de la muerte de sus padres: abandonó la mayor parte de la herencia que le había cabido; y á poca empezó á vagar por las ciudades del Asia menor, donde no le costó trabajo el atraer la atencion general por la singularidad de su exterior y de sus costumbres, porque no hablaba mas que por señas, habiéndose impuesto la ley del absoluto silencio, que tambien mandaba á sus discípulos Pitágoras por espacio de cinco años. Hizo asimismo profesion de guardar continencia; pero esta virtud era muy superior para una filosofía que no tenía otro fundamento ni móvil que la vanidad, y no tardó mucho en dar lugar á las mas infames sospechas.

Ocho años habia residido en Antioquia, cuando el deseo de imitar á Pitágoras le determinó á viajar por las provincias mas distantes del Asia para tratar con los magos de la Persia y los braemanes de la India. A su regreso quiso detenerse en Antioquia; pero no hallándose el pueblo bastante dispuesto á la admiracion, marchó á Chipre, y pasó desde allí á Efeso en el principio del reinado de Nerón. Al momento excitó el entusiasmo general, y los pueblos inmediatos le enviaron diputados para lograr sus consejos y amistad. Arreglaba con una minuciosa supersticion todas las ceremonias paganas, la forma de los altares y estatuas, la hora de los sacrificios, el modo de hacer las libaciones, hasta el extremo de señalar por qué lado debian verterse los vasos. A todo esto mezclaba frecuentes declamaciones contra el lujo y la mollicie; y algunos prestigios accogidos sin exámen por personas ya preocupadas, daban á sus palabras la autoridad de un oráculo. Estaba un día meditando junto á un bosquecillo, cuando se distrajo repentinamente para que reparasen el canto repetido de un pájaro, que de improviso echó á volar y le siguieron otros en gran número. Apolonio dijo que estos pá-

jaros marchaban á cierto parage donde habia caído trigo; y como el hecho salió cierto, bastó para que el pueblo creyese firmemente que aquel entendia la lengua de las aves. Tambien extendieron la voz de que libertó á los de Efeso de la peste, mandándoles que abrumasen á un pobre viejo con un monton de piedras, debajo del cual encontraron un perro muerto cuando fueron á sacar el cadáver de aquel.

Despues de haber andado muchos años por varias poblaciones del Asia menor y de la Grecia, Apolonio se embarcó para Italia, y al acercarse á Roma, llegó á entender que Neron habia dado un decreto contra todos los que se dedicaban á la astrologia y al arte divinatoria. Asustáronse sus discípulos con esta noticia, y la mayor parte de ellos le abandonaron con diferentes pretextos; pero no desistió él por esto de entrar en Roma para ver de cerca, decia, qué clase de animal era un tirano. Por otra parte, no creia estar incluido en la clase proscripta y comun de mágicos y adivinos, porque no miraba como tales sino á los que empleaban encantos, evocaciones y los sacrificios acostumbrados entre los bárbaros; no así á los que adhiriéndose á las ceremonias griegas se vanagloriaban como él de hacer prodigios por intervencion de los dioses. Presentáronle en el tribunal del cónsul Telesino, que le trató al principio con bastante miramiento, y aun le permitió alojarse en los templos, segun su costumbre; pero de nuevo le prendieron y luego le desterraron de Roma por algunas frases indiscretas y por su constante charlatanería. Mientras residia en aquella ciudad, sucedió el mas maravilloso de los prodigios que se atribuyen á este impostor. Una joven perteneciente á una familia consular, en el acto de su desposorio, cayó en un letargo tan profundo, que la creyeron muerta. Llevábanla á enterrar descubierta, segun costumbre: Apolonio, que iba en el duelo, mandó que se detuviesen: despues pronunció algunas palabras, y tocando al cadáver, este dió señales de vida, y salió de su letargo: habló la tenida por muerta, recobró prontamente sus fuerzas, y volvió á la casa paterna. Sin duda Apolonio reparó en esta jóven alguna señal que antes no se habia percibido; y aun la frescura del rocío que entonces caia, pudo sacarla de su estado soporoso. De este modo los admiradores de Apolonio contaban y explicaban ellos mismos este supuesto milagro.

Saliendo de Roma, vino á España, y despues de muerto Neron, volvió á Italia; y desde allí fué á Egipto, donde favoreció los proyectos políticos de Vespasiano. Aseguran que este príncipe y Tito, que le sucedió, le dieron muchas pruebas de estimacion y amistad; pero Domiciano, que no gustaba de sofistas, ni menos de mágicos, mandó prenderle, alegando que tomaba parte en una conspiracion de que le acusaban sus amigos. Cuando lo supo Apolonio, que estaba en el camino de Italia, vino á presentarse voluntariamente. Halló proteccion en Eliano, á quien conoció en Egipto, y se

hallaba de prefecto del pretorio y en estado de instruirle de todos los artículos de la acusacion que contra él se fulminara. Sin embargo, le pusieron en la cárcel despues de haberle afeitado barba y cabello, para castigarle en lo mismo que lisonjeara su vanidad filosófica; pero como no se hallasen pruebas suficientes para justificar la conspiracion, Domiciano le mandó poner muy pronto en libertad. Filostrato, historiador de Apolonio, añade que desapareció súbitamente y se presentó en la misma noche á dos discípulos suyos que le esperaban en Puzol, mas de cuarenta leguas de Roma. Desde allí marchó á Grecia para hallarse en los juegos olímpicos, y últimamente se fué á establecer en Efeso. Arengando en cierto dia al pueblo, interrumpió de pronto su discurso como quien padece una agitacion violenta, y dando unos pasos adelante, exclamó: "Dale, dale al tirano!" Guardó por un momento silencio, y luego prosiguió: "El tirano murió, lo juro por Minerva." Dice Filostrato que los efesios creyeron que se le habia trastornado la cabeza; lo que prueba que su opinion de hombre inspirado no estaba muy acreditada, como en otros pasages lo quiere suponer su crédulo biógrafo. Afirma que luego llegaron correos que traian la noticia de la muerte de Domiciano y advenimiento de Nerva.

Al año siguiente murió Apolonio, sin que sepamos cómo, ni en qué lugar: sus discípulos no dejaron por eso de extender la voz, que habia sido arrebatado al cielo. Algunos entusiastas le hicieron honores divinos, y la ciudad de Tiana le dedicó un templo. Cierto Damis, que se le agregó en Ninive, y constantemente le siguió, recogió las mas escrupulosas noticias de la vida de su maestro, con que formó una especie de diario; pero no se atrevió á publicarle, y dicen que le dejó á un amigo, y éste en adelante á la emperatriz Julia, mujer de Severo y declarada enemiga del cristianismo. Esta misma indujo á Filostrato á que compusiese, valiéndose de estos apuntes sospechosos por todos conceptos, la vida, ó mas bien, el panegirico de Apolonio. Todo cuanto se refiere de este célebre impostor, no estriba en otro fundamento que en esta vida escrita mas de cien años despues de su muerte. No puede leerse sin que llame la atencion á cada momento la crédula sencillez de aquel discípulo, que proveyó de materiales, y el entusiasmo torpe del sofista que los redactó. Una apasionada admiracion unida á una completa falta de critica y de talento, deja percibir los indicios incontestables de falsedad, y el concertado desingnio de oponer los milagros supuestos del impostor á los de Jesucristo; porque tal era el objeto insensato de los filósofos de aquella época, como veremos en lo sucesivo; y cien años mas adelante, Hierocles compuso con el mismo fin y sobre el mismo asunto, una obra que se halla refutada por Eusebio. Mas todos los esfuerzos de la charlatanería quedaron frustrados: Apolonio dejó muy corto número de prosélitos, que no tardaron en desaparecer; y en el espacio de dos siglos su

memoria se oscureció en el olvido, donde quedó sepultada, sin que las vanas tentativas de algunos incrédulos modernos hayan logrado restablecerla (1).

Entre tanto el cristianismo, á pesar de los obstáculos de toda especie, hacia diariamente nuevos progresos, y la divina mano que le habia fundado, mantenía la pureza de su doctrina, siempre inmutable, en medio de esa multitud de supersticiones, y de monstruosos errores en que se extravió el ingenio del hombre. La Iglesia de Roma, donde habia establecido su cátedra el príncipe de los apóstoles, y fijado así con la primacía del pontificado el centro de la unidad católica, fué al mismo tiempo consultada, sobre diferentes puntos por los fieles de Corinto; y San Clemente que la gobernaba entonces, les contestó por medio de una carta llena de las mas interesantes instrucciones, mirada con mucha razon como uno de los mas bellos monumentos de la antigüedad. Este Papa, el tercero despues de San Pedro, habia sucedido en el año 91 á San Anacleto (Clet), que tambien ocupó la silla apostólica doce años despues de muerto San Lino, primer sucesor del príncipe de los apóstoles (2). Habia sido compañero de trabajos y viages, de San Pablo, quien hace su elogio en la epístola á los filipenses; y habiéndole seguido á Roma fué tambien discipulo de San Pedro, que le ordenó de obispo. Las lecciones y ejemplos de estos dos apóstoles se le representaban continuamente á la memoria, y el tono verdaderamente apostólico que se observa en su carta, da á entender cuán penetrado se hallaba del espíritu de aquellos. Tiene principalmente esta carta por objeto combatir las disensiones que se habian introducido en la Iglesia de Corinto, donde la intriga de un corto número de seglares envidiosos habia logrado la destitucion de muchos sacerdotes, cuya conducta era irreprochable. Despues de saludar en ella á los fieles, casi en los propios términos que emplea-

(1) Por las cartas que nos quedan de Apolonio, se ve que su sistema filosófico era el panteísmo. No admitia mas que una sola sustancia eterna igualmente inmutable, que modificándose por la acción ó el reposo, producia al desenvolverse, todos los fenómenos del mundo visible. Segun él, los objetos particulares son apariencias solamente y no seres reales: no son otra cosa que las diferentes manifestaciones del ser único y absoluto, que es el sujeto de todas las transformaciones. *Epist. VIII.*

(2) Ciertamente que los tres fueron los tres primeros obispos de Roma despues de San Pedro; pero no es fácil determinar el orden de sucesion, ni la duracion del pontificado de cada uno. Nos hemos atendido á la mas probable opinion y nos generalmente seguida. Unos ponen á San Clemente antes de San Anacleto, y aun suponen otros que sucedió inmediatamente á San Pedro. Tillemont conjetura, copiando á San Epifanio, que habiendo sido designado para sucederle por San Pedro, cedió San Clemente la silla pontifical á San Lino, y despues se vio obligado á ocuparla, muerto San Anacleto. A este mismo se le dió, para abreviar, el nombre de Clet. La Iglesia honra á estos tres Papas como mártires: sin embargo, las circunstancias de su vida y muerte no han llegado á nosotros sino con una grande imperfeccion.

ba San Pablo al principio de sus cartas, se disculpa San Clemente de no haber contestado antes á las consultas, porque algunas aflicciones que le ocurrieron se lo habian impedido; y por tales entendemos sin duda la persecucion sufrida en el reinado de Domiciano. Recuerda en seguida cómo tenia presente sus antiguas virtudes, y les pinta minuciosamente las costumbres admirables de los cristianos primitivos. "¿Quién, dice, no alababa, por poco que os hubiera tratado, la firmeza de vuestra fé, la moderacion de vuestros deseos y la magnificencia de vuestra hospitalidad? ¿Quién no admiraba vuestra piedad, vuestra prudencia, la precision de vuestras luces y consejos, y esa rectitud de intencion que se echaba de ver en toda vuestra conducta? En todo obrábais sin acepcion de personas, siempre sumisos á la ley de Dios y á la autoridad de vuestros pastores. Llenábais con los ancianos el deber del respeto que merecen: dábais á los jóvenes ejemplos de honradez y de modestia; advertíais á las mugeres que guardasen sumision á sus maridos, que mantuviesen pura y casta su conciencia, y se entregasen al retiro y al gobierno de su casa. Todos conveníais en los sentimientos de humildad, y sin presuncion alguna érais mas inclinados á obedecer que á mandar, á dar que á recibir, contentos siempre con lo que poseíais, y guardando constantemente en vuestro corazon la palabra de Dios y la memoria de sus padecimientos. Así gozábais de las dulzuras de una paz inalterable, sin otra ambicion que haceros útiles; y colmados de los dones del Espíritu Santo, repartiáis por todos lados la superabundancia de vuestros bienes. Con la alegría de una conciencia siempre recta é inocente, levantábais vuestras manos al Todopoderoso con entera confianza para pedirle perdón de unas pocas faltas, fruto de la humana fragilidad. Noche y dia trabajábais para la felicidad y salvacion de vuestros hermanos, sin cesar en la práctica de las buenas obras y en la oracion para atraer sobre ellos las misericordias del Señor. La sencillez de vuestro corazon no permitia entre vosotros que reinasen ni la malignidad ni el odio. Llorábais las faltas del prójimo como las vuestras, y si alguno os ofendia no era vuestro dolor por la injuria que os hacia, sino por su pecado: éste y no aquella excitaba vuestro celo y pesadumbre. Pero la prosperidad y la abundancia os han corrompido: esa es la funesta madre de las disensiones, de las disputas, y sobre todo, de los celos, por la que ha entrado la muerte en el mundo."

Refiere San Clemente el ejemplo de Cain, y otros muchos sacados de la Santa Escritura en el Testamento antiguo, para manifestar las funestas consecuencias de la envidia; y despues de todo, viniendo á mas recientes ejemplos, cita el martirio de San Pedro y el de San Pablo, y el de una porcion de cristianos perseguidos toda su vida, y á quienes se hizo morir por efecto de una envidia detestable. Como dice expresamente, hablando de San Pablo, que sufrió

el martirio bajo el mando de los gobernadores, se debe suponer que Neton estaba entonces ausente, y con este testimonio contemporáneo hemos fijado el martirio de los dos apóstoles en el año 67, mientras aquel emperador estaba en Acaja.

Cuando llega á la division que entre ellos se habia introducido, hace San Clemente conocer á los de Efeso, la necesidad del orden y la subordinacion en todas las cosas, y principalmente en el ejercicio de las sagradas funciones, cuyas reglas han sido determinadas por el mismo Dios, así en la antigua ley como en la nueva. "Dios, dice, ha enviado á Jesucristo, y este Señor despues á sus apóstoles, y éstos predicando el Evangelio en todas partes, han establecido en las ciudades para obispos y diáconos á los fieles escogidos, despues de haberlos examinado por medio del divino espíritu: y como sabian por Jesucristo que el episcopado seria un motivo de contiendas, fijaron al mismo tiempo las reglas de sucesion para en adelante, disponiendo que despues de su muerte, hombres igualmente probados fuesen electos para encargarse de su ministerio. Luego los que fueron establecidos por ellos ó por sus sucesores con aprobacion de la Iglesia, no pueden sin injusticia, ser privados de sus títulos y funciones, en tanto que las ejercen rectamente. Y sin embargo, hemos sabido que por vosotros han sido muchos depuestos, aunque su vida era pura y servian con honor á la Iglesia. Vergonzoso es, hermanos míos, é indigno de los discípulos de Jesucristo, que la Iglesia de Corinto, tan antigua y respetable, se subleve contra los sacerdotes por intrigas de algunos facciosos, y que alcance el estrépito de vuestras divisiones no solamente á nosotros, sino hasta nuestros enemigos, de forma que por vuestra imprudencia el nombre del Señor sea blasfemado entre las gentes. Quitemos prontamente este escándalo de nuestra vista, y echémonos á los pies de nuestro Señor para pedirle con lágrimas, que tenga á bien perdonarnos y restablecernos en el glorioso estado de la caridad fraterna." Insiste especialmente el santo Pontífice sobre la necesidad y mérito de esta virtud, citando el ejemplo de muchos cristianos que habian entrado en las prisiones para liberrar á otros, ó que se habian vendido como esclavos para sustentat á los pobres á costa de su libertad. En fin, exhorta á los autores de la division á someterse á los sacerdotes, y recibir su correccion con espíritu de penitencia. "Porque, dice, mas vale para vosotros mostraros pequeños y fieles estimados en el rebaño de Jesucristo, que ser expulsados de él, poniéndoos sobre los demas por la audacia de vuestros discursos;" lo que manifiesta claramente, que el derecho de excomunion se habia trasmitido por los apóstoles á sus sucesores.

Entre las cosas notables que contiene esta carta de San Clemente, debemos señalar varios pasages que acreditan la antigüedad sobre que está apoyada la tradicion de muchos dogmas, que con posterioridad han impugnado los hereges. En ella se enseña expresa-

mente que nosotros no nos justificamos por nuestras propias fuerzas y solo por nosotros mismos, sino por la voluntad de Dios que á todos nos llama en Jesucristo: que este mediador divino, al derramar su sangre para nuestra salvacion, ha procurado que todos los hombres tengan los suficientes medios de hacer penitencia: que la caridad hace la perfeccion de los elegidos; y que no se puede agradar á Dios sin esta virtud. Ya se ha visto cómo en ella se habla de los padecimientos de Dios; lo que prueba igualmente que desde los primeros siglos hubo fé, y se confesó la divinidad de Jesucristo y la unidad de personas en las dos naturalezas. Declarando que San Pedro, despues de sus trabajos, subió al sitio que le estaba preparado en la gloria, y que San Pablo obtuvo el premio de sus padecimientos, hace tambien ver que la creencia de la Iglesia estaba entonces bien arraigada sobre un dogma que los milenarios trataron de oscurecer en adelante con la falsa interpretacion del Apocalipsis. Se puede asimismo notar en esta carta, un pasage en que San Clemente supone que existian otros mundos mas allá del Océano; opinion muy extraordinaria en aquel tiempo, pero confirmada despues con el descubrimiento de las Américas.

Cita San Clemente la Escritura segun la version de los setenta, y mas se adhiere al sentido que á la letra. Otras veces reúne ideas ó expresiones sacadas de parages distintos de los libros santos, para formar con estos fragmentos frases enteras, que emite como sacadas de la Escritura, sin indicar el lugar donde se hallan; lo que es bastante comun á otros antiguos Santos Padres, y ha hecho creer que se habian tomado de libros apócrifos. Pero estas citas nada tenian de oscuro, ni de equivoco para los primeros cristianos, que no tenian ninguna necesidad de examinar mucho para hallar el origen, porque la lectura y la explicacion de los libros santos, que cada dia se les hacian en las asambleas por sacerdotes y obispos, les habian hecho familiares los pensamientos y expresiones que se traian á su memoria.

Ademas de esta primera carta, tan venerada que todavia se leia públicamente en la Iglesia de Corinto á los 70 años de escrita, nos quedaron fragmentos considerables de la segunda igualmente dirigida á los corintios, y que muchos autores antiguos y modernos han atribuido á San Clemente, aunque la autenticidad no se halle completamente probada. En cuanto á las otras obras que llevan su nombre, todas son incontestablemente supuestas, ó á lo menos corrompidas: el libro de los *viages ó itineraria* de San Pedro, llamado así porque se refiere en él la predicacion de este apóstol, y particularmente sus conversaciones con Simon Mago, cuenta al propio tiempo la conversion de San Clemente, con otras muchas circunstancias de su vida, y sobre todo, el modo como reconoció á sus padres. Allí se encuentran discusiones sobre la unidad de Dios, sobre la Providencia, sobre la naturaleza del bien y del mal, sobre la

necesidad del bautismo y otras cuestiones análogas. Pero al mismo tiempo está lleno de historias fabulosas y de errores condenados por la Iglesia. Los ebionitas, como lo dejamos apuntado, se servían de aquel para autorizar su falsa doctrina, que con efecto se halla en varios lugares; y algunos antiguos que creían que San Clemente había escrito una obra con este título, aseguran positivamente que los hereges le habían alterado de tal manera, que nada habían dejado en ella intacto. Lo mismo sucede en las homilias conocidas con el nombre de *Clementinas*, que en el fondo y la forma tienen la mayor analogía con aquella. Por lo demás, estas dos obras apócrifas, pero cuya antigüedad no es dudosa, pueden servir para que se conozcan mas completamente las heregias de los primeros siglos, y la naturaleza de las cuestiones que agitaban entonces el entendimiento humano.

Las *Constituciones apostólicas* publicadas con el nombre de San Clemente encierran anacronismos, que muestran visiblemente ser supuestas. Redúcese á una coleccion de reglamentos que se traen como dados en parte por los apóstoles y en parte por el mismo Pontífice encargado de ponerlas en órden. Están divididas en ocho libros que contienen gran número de preceptos é instrucciones sobre los deberes de los cristianos y sobre las ceremonias y la disciplina de la Iglesia, pero casi no eran conocidas antes del siglo IV, y se encuentran en ellas muchas cosas, que segun dicen los criticos, no pueden referirse al tiempo de los apóstoles. Débese considerarlas como obra de un falsario, que quiso reunir con un título imponente, leyes y costumbres establecidas sucesivamente en la Iglesia durante los tres primeros siglos. Lo mismo debemos decir de los *Cánones* que en esta obra se incluyen con el título de *los apóstoles*, porque tampoco se hallan citados antes del siglo IV. Tambien hay en ellas muchas decisiones favorables á la heregia de los rebautizadores, que con otros errores se enseñan en las mismas constituciones: lo que puede hacer sospechar que estas dos colecciones, colocadas en el número de los libros apócrifos por el Papa Gelasio en 494, han sido alteradas por los hereges. Conviénese, sin embargo, en que estas obras dan noticias de una porcion de puntos de la antigua disciplina de la Iglesia, y que la mayor parte de los cánones que se atribuyen á los apóstoles, son sacados de diferentes sínodos anteriores al concilio general de Nicea.

El Papa San Clemente ocupó la silla apostólica por espacio de diez años, y murió al tercero del imperio de Trajano, es decir, hácia el fin del 100 de Jesucristo. Los mas instruidos escritores de los primeros siglos, como San Ireneo, Eusebio y San Jerónimo, nada dicen sobre las circunstancias de su muerte; y las actas que incluyen la relacion de su martirio, no tienen autenticidad alguna. San Evaristo le sucedió, gobernando la Iglesia hasta el año 109, y fué reemplazado por San Alejandro. Despues del fallecimiento de este en

119, la sede apostólica fué ocho años ocupada por San Sixto 6.º Xisto, á quien sucedió San Telésforo; pero casi nada se sabe sobre la vida de estos antiguos Papas.

Publicóse en el pontificado de San Clemente y en la ciudad de Roma, el libro titulado *el Pastor*, tan célebre en los primeros siglos que se leía públicamente en algunas Iglesias de la Grecia; y muchos padres antiguos le citaron, como formando parte de las Santas Escrituras. San Hermas fué su autor, y se cree que es el mismo de quien habla San Pablo en su epístola á los romanos. Era este santo un seglar dotado de una ferviente piedad; pero que no carecia de muy reprehensibles defectos, y entre ellos una grande indulgencia para con sus hijos, cuyos desórdenes nunca reprimia: de manera que Dios para castigarle le llenó de aflicciones que sirvieron para purificar su virtud, haciéndole mas fiel y atento á sus deberes. Divídese en tres partes esta obra; y bajo diferentes formas presentan análogos objetos, es decir, la gran suma de reglas principales de la moral cristiana. En la primera parte, Hermas refiere muchas visiones, acompañadas de diferentes instrucciones sobre la conducta que debe observarse con su familia, sobre la composicion y destinos de la Iglesia en general, sobre las virtudes que forman su adorno, y sobre las pasiones que conducen á su perdicion á los réprobos. La segunda parte contiene doce preceptos, que son como otros tantos capítulos, en que se halla la exposicion de la doctrina cristiana, la unidad de Dios, la Providencia, la caridad con el prójimo, reglas para el matrimonio, sobre la diferencia del bautismo y de la penitencia, sobre la oracion, la paciencia, la humildad y otros deberes muy importantes. La tercera parte contiene una serie de apólogos y comparaciones acompañados tambien de instrucciones morales sobre el uso de las riquezas, el ayuno, la penitencia y otros objetos relativos á las disposiciones interiores de los cristianos. En esta última parte, como en la segunda, Hermas parece que recibe instrucciones de un ángel en figura de pastor, y este accidente ocasionó el título de la obra. Aquí se ve claramente la antigüedad de la doctrina cristiana en lo tocante á los ángeles de guarda; y en otro pasaje enseña el autor que el hijo de Dios ha comisionado un ángel para guardar á cada uno de los que Dios Padre le dió, lo que entendié de todos los hombres, no solamente de los elegidos, como puede inferirse tambien por otro pasaje en que asegura que todos los hombres tienen cada uno dos ángeles, uno bueno y otro malo.

Una prueba incontestable de la fé establecida desde el primer siglo respecto á la divinidad de Jesucristo, se halla en el libro de Hermas, porque dice positivamente que el Hijo de Dios subsiste en todas las criaturas, y abraza con su Padre, como que es la sabiduría de su consejo para sacarlos de la nada: lo que manifiesta evidentemente que no se hallaba el mismo Señor en el número de las cosas criadas. Con respecto á las futuras recompensas, enseña Hermas

que los que mueren santamente y no tienen faltas que expiar, inmediatamente son coronados en el cielo; y de aquí resulta que el error de los milenarios, aunque le hayan adoptado despues algunos Santos Padres, no deja de ser contrario á la antigua tradicion. Hablando del matrimonio, dice que el hombre, cuya muger es culpable de adulterio, no debe continuar viviendo con ella, á menos que esta haga penitencia; pero que si despues de haberla despedido se casa él con otra, es culpable de adulterio. En fin, se halla en esta obra una prueba de la autoridad que compete al sucesor de San Pedro; porque el ángel advierte á Hermas que envíe una copia de su libro á Clemente, para que la trasmita por sí mismo á los pueblos mas distantes, pues que tiene poder para ello.

Supo Hermas en una vision, que estaba próxima una persecucion, y el ángel le ordenó que lo advirtiese á los fieles. Segun las apariencias, debió ser la de Domiciano, que empezó en el año 95. Vespasiano habia muerto en 24 de Junio del año 79, dejando señales de que habia conocido toda la ridiculez de las supersticiones paganas, porque desde el momento en que conoció que su enfermedad era peligrosa, dijo á sus amigos: "Páreceme que me voy á convertir en deidad," burlándose así de la apoteosis que decretaban á todos los emperadores. Así, aunque no se le cuente en el número de los perseguidores, sin embargo, no dejó de haber mártires en su tiempo (1), sea por el ódio que tenían á los judíos, y que se extendia naturalmente á los cristianos, sea porque las antiguas leyes eran siempre suficientes al ciego furor del pueblo y á los magistrados para quitarles la vida con pretexto de impiedad. Despues de la muerte de este emperador, Tito, su hijo mayor, le sucedió, y logró que se olvidasen por su clemencia, y sobre todo, por su respeto á los privilegios del senado, los vicios que le habian dominado antes de subir al imperio. Pero no reinó mas que dos años y poco mas de dos meses, y al morir dejó el imperio á su hermano Domiciano. Este manifestó al principio las mismas disposiciones, é hizo muchos reglamentos útiles. Perdonó al pueblo parte de los impuestos, reformó los abusos que existian en la administracion de justicia, prohibió la continuacion de hacer eunucos, y renovó las leyes contra los adúlteros. Desde el segundo año de su reinado desterró de Roma y de Italia á todos los filósofos y matemáticos (este nombre daban entonces á los astrólogos), cuya ostentacion y charlataneria detesta-

(1) Los fieles conservaban exactamente los nombres de los mártires y hacian conmemoracion de ellos en los oficios; mas por una carta de San Gregorio el Grande á San Eulogio, obispo de Alejandria, se sabe que estos anales se reducian á poner para cada uno la clase de martirio que sufrió, el día y lugar del suplicio sin ninguna circunstancia (*Orig. Epist. lib. VIII*). De estas colecciones se han sacado los antiguos martirologios. Los pormenores no se refieren mas que á los mártires, cuyo suplicio fué acompañado de largos interrogatorios ó de una circunstancia muy notable.

ba. Castigó á los delatores y á los nobles cuyas costumbres eran viciosas. Entregó á diferentes suplicios á muchas vestales acnsadas de poco ordenadas en su vida. Pero todas estas reformas no eran efecto mas que del capricho ó de la vanidad, y cesó muy pronto en reprimir sus pasiones. Entonces apareció su conducta propia con todos los vicios de la tiranía: su orgullo, su avaricia, su crueldad y su lascivia no conocieron limites. Quería que le diesen los nombres de dios y de señor: con cualquier pretexto se apoderaba de los bienes de los particulares: se complacia en ver con sus mismos ojos ajusticiar á los condenados á esta pena: se abandonaba á los mas vergonzosos é infames delitos, y semejante á Neron en muchas cosas le imitó hasta en el ódio á los cristianos. Principió por sujetarlos al pago de los mismos impuestos que á los judíos (*Suet. in Domit. cap. XII*), y en el año de 95 hacia el fin de su reinado, publicó varios edictos que atrajeron una persecucion violenta en todo el imperio.

Entonces fué cuando San Juan Evangelista, perseguido por la crueldad del tirano, mereció la corona del martirio sufriendo una prueba que no sirvió mas que de hacer que en su persona resplandeciese el poder de Jesucristo. Este apóstol habia predicado necesariamente el Evangelio en diferentes parages del Asia superior y del Asia menor, en que fundó muchas Iglesias, y últimamente fijó su residencia en Efeso: lo que probablemente sería hacia el año 66 ó puede ser que despues, porque San Epifanio asegura que ya era anciano. No por eso dejaba de visitar las Iglesias de las provincias inmediatas para establecer en ellas los oportunos reglamentos, ó para escoger por sí mismo los obispos y otros ministros. Llevado de Efeso á Roma, por órden del emperador le arrojaron en una caldera de aceite hirviendo, de donde salió sin mal alguno (1). Despues fué desterrado á la isla de Patmos, una de las Sporadas en el Archipiélago; y durante este destierro escribió su Apocalipsis. Este libro misterioso principia por revelaciones que Dios le comunicó en un domingo con órden de escribirlas á las siete primeras Iglesias del Asia, á saber: Efeso, Smirna, Pérgamo, Thyatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea. Dirige el apóstol la palabra á los ángeles de estas Iglesias, es decir, á los obispos; pero se cree que los consejos que les da y los defectos que les reprende, miran mas al cuerpo general de las Iglesias que á las personas de los obispos. Se declara enérgicamente contra los errores de los nicolaítas que se habian esparcido entre los cristianos de Pérgamo y Thyatira (2). Alaba á la Iglesia

(1) Este milagro sucedió junto á la puerta Latina, donde los cristianos en lo sucesivo labraron una iglesia magnífica en honor de San Juan.

(2) Los errores de los nicolaítas y luego los de los montanistas hicieron en esta ciudad tales progresos, que ya no habia allí Iglesia católica en el siglo III. Pero es ridículo inferir de aquí, como lo hacen ciertos hereges, que no la habia en tiempo de los apóstoles.



de Efezo de su aversión y horror á las acciones abominables de aquellos hereges. El resto de la obra contiene los cuadros mas brillantes sobre la grandeza y poder de Dios, su providencia en todas las criaturas y en particular sobre su Iglesia, los castigos que ejerce sobre los culpables, la gloria que reserva á los elegidos, y por último, muchas profecias, cuya oscuridad mas ó menos impenetrable, no puede disiparse hasta el dia de su entero cumplimiento. Allí se ven las persecuciones que la Iglesia debia sufrir, las victorias que habia de alcanzar, la destruccion de la idolatría, el castigo de los perseguidores, la ruina de Roma inundada con la sangre de los mártires, el reinado y destruccion del Anticristo, la descripcion del juicio final y las pompas brillantes de la celestial Jerusalem: todo esto referido con imágenes sublimes cuya magestad es doblemente propia para inspirar el temor y el respeto. Algunas revelaciones proféticas son indudablemente relativas al destino de la Iglesia en los primeros siglos; pero las tentativas que se han hecho para aplicar las demas á sucesos de los tiempos modernos, no han pasado de conjeturas arbitrarias y á veces ridiculas. Por lo demas concíbese que las predicciones referentes en lo general á la caída del imperio romano, temian que estar envueltas en misteriosas figuras para no irritar mas el ódio de los emperadores y magistrados contra los cristianos. En los siglos primitivos hubo sus dudas sobre la autenticidad del Apocalipsis; pero siempre fué admitido por los Santos Padres en su mayor parte, y toda incertidumbre debe cesar con respecto á esto, y ha cesado en efecto, cuando los tiempos han permitido confirmar la tradicion comun.

Entre las numerosas víctimas de la persecucion ordenada por Domiciano, se deben sobre todo, reparar como á las mas ilustres, San Dionisio Areopagita, San Onésimo y San Timoteo, de quien hemos hablado anteriormente; San Antipas, martirizado en Pérgamo, y de quien se hace mención en el Apocalipsis; en fin, Flavio Clemente, primo hermano del emperador, el cual fué cónsul en el año 95. Suetonio dice que le mataron al salir del consulado por ligerísima sospecha, y Dion reconoce expresamente que fué sentenciado con pretexto de impiedad ó de ateismo, por haber abrazado las costumbres de los judíos, lo que entonces significaba, segun el lenguaje de los paganos, profesar el cristianismo. Añade el mismo historiador que otros muchos habian sido sacrificados por semejante motivo. La muger del cónsul Clemente, llamada Flavia Domitila, cristiana y parienta de Domiciano, como él, fué condenada á perpetuo destierro en la isla de Pandataria en las costas de Nápoles. Otra Flavia Domitila, sobrina del mismo cónsul ó hija de su hermana, fué tambien destinada á una isla inmediata, llamada Poncia, donde vivió retirada en celditas que todavia se veian en tiempo de San Gerónimo. La Iglesia la honra como virgen y mártir. Acompañaronla algunas personas de su casa en el destierro, entre otras Aquileo y Ne-

reo, quienes despues de haber sufrido por la fé muchos tormentos, fueron decapitados.

Por el mismo tiempo Domiciano mandó hacer una exacta investigacion de los parientes de Jesucristo, temeroso de que intentasen sublevaciones entre los judios como descendientes de la familia real. Denunciaronle dos nietos del apóstol San Judas, y los presentaron en el tribunal. Preguntóles acerca de su nacimiento, de sus bienes, y sobre el reinado del Mesias, y juzgando por su exterior, como por sus respuestas, que vivian con el trabajo de sus manos, cultivando una corta heredad, en que consistia toda su fortuna, y sobre todo, sabiendo que colocaban en el cielo el reinado de Jesucristo, despreció la oscuridad de su estado y los puso en libertad. Estos dos confesores fueron colocados al instante á la cabeza de algunas Iglesias, y así vivieron mucho tiempo, reinando Trajano.

Domiciano, haciéndose odioso por sus continuas crueldades, fué asesinado el 17 de Diciembre del año 96: el senado escogió para sucederle á Nerva, que solo reinó un año y algunos meses. Prohibió por un edicto, que se acusase á nadie con pretexto de impiedad ó judaismo. Uno de sus primeros cuidados fué llamar á los desterrados, y principalmente á los que lo fueron por causa de religion. Alivió á los judios de los exorbitantes impuestos con que estaban abrumados desde su insurreccion. El apóstol San Juan salió entonces de la isla de Patmos para volver á Efezo, donde permaneció hasta su muerte. Hizo en esta ciudad muchos milagros, y entre ellos se cita en particular, una resurreccion (1).

Despues de su vuelta y en los últimos tiempos de su vida, fué cuando escribió San Juan su Evangelio á instancias de los fieles, y especialmente de los obispos del Asia. Fué su principal designio demostrar la divinidad de Jesucristo contra las impiedades de Cerintho, de Ebion y de otros hereges. Antes de principiarle, mandó que hubiese un ayuno general y rogativas; y escribió las primeras palabras al salir de un éxtasis, en que el divino Espíritu le inspiró las verdades sublimes que debia anunciar. Por consecuencia, nada hay mas magnífico que el principio de este Evangelio, admirado aun de los filósofos paganos; y en todo él se eleva San Juan á una altura tal, que con justicia ha sido comparado con el águila. Tambien entonces y contra los mismos errores escribió sus epistolas. La primera va dirigida á todos los fieles en general; pero dicen que llevaba expresamente el nombre de los partos, como si antes se la hubiese enviado. Hállanse en ella muy notables palabras contra los hereges que negaban la realidad de la Encarnacion, ó que hacen distincion entre Jesus y Cristo. "¿Quién es el que miente, dice, sino el que niega que Jesus y Cristo son una misma cosa?" Y un poco mas abajo, hablando de los falsos profetas: "Todo espí-

(1) Euseb. Histor. lib. V, cap. XVIII.

ritu que confiesa que Jesucristo ha encarnado realmente, viene de Dios; y todo el que divide á Jesus, no viene de Dios, sino que es el Anticristo que habeis oido decir que va á venir, y que ya ha venido al mundo." En la segunda epístola emplea poco mas ó menos las mismas palabras: es mucho mas corta, y se dirige como la siguiente, á personas particulares. Por otra parte, las epístolas y el Evangelio de San Juan son admirables por la efusión de aquella ardiente caridad que habia adquirido en el pecho mismo del Salvador, y de que tantas lecciones y tiernos ejemplos se advierten en los últimos años de su vida.

Cuando visitaba las Iglesias del Asia, halló en una ciudad, un poco distante de Efeso, á un jóven, cuyas felices disposiciones daban al parecer, las mas bellas esperanzas; y presentándole al obispo delante de los fieles, le recomendó eficazmente para que cuidase de él con el mayor interés. Nada omitió el obispo para corresponder á las intenciones del apóstol: todo el tiempo que este jóven fué catecúmeno, le tuvo en su casa, y veló constantemente sobre su conducta; pero cuando le hubo administrado el bautismo y la confirmacion, creyó que podia darle algun ensanche, y minorar su carga; y el neófito, abusando de la libertad, se dejó arrastrar á los desórdenes por otros jóvenes, hasta el punto de robar: despues, excediéndolos en atrevimiento, formó una cuadrilla de foragidos armados, declarándose su jefe. A poco tiempo San Juan, volviendo por la misma ciudad, se informó de aquel jóven en orden á su conducta, y sintió la mayor amargura al saber que estaba en la montaña capitaneando ladrones. Rompió sus vestiduras y se daba golpes de pecho, exclamando: "Yo bien guardian dejé para cuidar del alma de este jóven nuestro hermano." Tomando inmediatamente un caballo y un guia, salió hácia el parage donde le indicaron, y en cuanto halló los primeros puestos ó avanzadas de los foragidos, que se disponian para apresarle, dijo con una voz fortisima: "He venido aquí á propósito: traedme á vuestro jefe." Este le esperaba completamente armado; pero en cuanto vió á San Juan, se llenó de vergüenza y echó á huir. Olvidando el apóstol su edad, le signió grito con todas sus fuerzas: "Hijo mio, ¿por qué huyes de mí? vuelve á tu padre: no desesperes de tu salvacion: yo responderé por tí á Jesucristo: él es el que me envia á buscarte." Conmovido el jóven al oír estas palabras, se detuvo, clavando los ojos en el suelo, arrojó sus armas y se puso á llorar amargamente. Abrazóle con ternura el santo viejo, le dió señales repetidas de su alegría y afecto vivísimos, y le aseguró, por último, que todos sus delitos se le hacian perdonados. Le llevó á la iglesia y no dejó un momento de hacer penitencia con él, ayunando y orando, hasta que le vió en estado de poderle restituir á la participacion de los santos misterios.

Habia ya llegado San Juan á la extrema vejez, y sus fuerzas disminuian considerablemente. No podia casi andar á lo último, y

tenian que llevarle á la iglesia sus discípulos: tampoco podia hablar largamente; y le era forzoso repetir en las reuniones las mismas palabras: "Queridos hermanos, amaos los unos á los otros." Cansados ya los discípulos de oírle una misma cosa, le preguntaron un dia por qué no salia de esta continua exhortacion; respondió San Juan: "porque este es un mandamiento de Dios de tal importancia, que si se guarda bien, el solo es suficiente." Murió al fin del primer siglo, á la edad de cien años escasos, y le sepultaron en las inmediaciones de la ciudad de Efeso. Llevaba en la frente una chapa de oro, á ejemplo de los Pontífices de la ley antigua; y como la usaron tambien San Márcos y Santiago el menor, puede asegurarse que este adorno fué adoptado desde el principio como la insignia que distinguia á los obispos.

En 27 de Enero del año 98, murió Nerva y le sucedió Trajano, á quien tenia adoptado poco antes, y renovó inmediatamente la persecucion contra los cristianos. Desde los principios de su reinado prohibió todas las asambleas particulares; y en muchas provincias se sirvieron de este pretexto los gobernadores para condenar á los fieles que continuaban reuniéndose, de manera que hubo en todas partes gran número de mártires. Púdesse juzgar su exactitud, al hallar en una carta que Plinio el jóven, gobernador de Bitinia, escribia á Trajano por el año de 104, la consulta que hacia sobre el porte que debia tener en adelante respecto á los cristianos: porque en ella se encuentran preciosos apuntes para la historia de la religion; por lo que creemos que se debe insertar aquí íntegramente.

"Creo, Señor, es deber mio recurrir á vuestra sabiduría en todas las dudas que me ocurren: porque ¿quién podrá ilustrar mejor mi ignorancia, ó decidirme con mas autoridad en mis incertidumbres? Nunca he asistido á las vistas de causas contra los cristianos, ni sé lo que se les pregunta, ni cómo se los castiga. Ignoro principalmente si deben guardarse miramientos respecto á la edad de los acusados, ó si ha de tratarse con el mismo rigor á los niños, á los jóvenes y á los ancianos: si puede obtenerse el perdon, mediando el arrepentimiento, ó si de nada sirve no ser actualmente cristiano, con tal de haberlo sido antes; si por solo llamarse así se les castiga, ó por razon de crímenes, que se suponen al que lleva tal nombre. Esta ha sido mi conducta con todos los que me han denunciado. Al momento les preguntaba para saber si eran cristianos: en cuanto lo confesaban, volvía á repetir la pregunta dos ó tres veces, acompañada con amenazas de muerte; y cuando perseveraban, los mandaba conducir al suplicio, porque no me quedaba duda alguna, fúzuese lo que se quiera en lo principal, que á lo menos por su obstinacion debian ser castigados. Por lo que respecta á los ciudadanos de Roma, que se han presentado como culpables de esta manera, los he conservado para remitirlos á aquella capital. Pero con-

mo se multiplican cada día las acusaciones; como sucede con frecuencia que se hacen por un anónimo en un papel sin firma y sin nombre del autor, y que contiene muchos acusados como cristianos, y como he examinado á varios, que lo negaban formalmente invocando conmigo á los dioses, que ofrecían vino é incienso á vuestra imagen, y maldecían ademas á Jesucristo; he creído que debía ponerlos en libertad, porque me han asegurado que es imposible hiciesen semejantes actos, por mas que se les amenazase, los verdaderos cristianos. Algunos que incluían los libelos, confesaban que habian sido cristianos; pero aseguraban que ya no lo eran, los unos de tres años á esta parte, otros mas, y algunos hacia veinte. Todos estos han adorado vuestra estátua y las de los dioses, y han maldecido á Cristo. He aquí, según sus declaraciones, á lo que su causa se reducía. Tenían costumbre de reunirse en ciertos dias, antes de salir el sol, para cantar á coros himnos en honor de Cristo como si fuese Dios; y se obligaban, entre las ceremonias de sus misterios, no á ejecutar acciones culpables, sino á abstenerse del robo y del adulterio, á no faltar á su palabra, ni apropiarse los depósitos que se les hubiesen confiado. Luego se retiraban de la reunion, y de nuevo se juntaban para comer, pero sóbria é inocente: aun estas mismas asambleas habian cesado desde que yo, en virtud de vuestras órdenes, publiqué la prohibicion de toda reunion. Para mas cerciorarme sobre la verdad de esta declaracion, hice dar tormento á dos esclavos que decian haber servido en estas asambleas; pero no he descubierto otra cosa que un exceso de supersticion tan ridicula, que parece increíble su adhesion á ella. Por todas estas razones he suspendido la conclusion de este negocio hasta consultaros.

“Creo que merecia esta cuestion seros sometida, aunque no fuese mas que por el gran número de personas á quienes interesa, porque están continuamente en peligro muchas de toda edad, de toda clase, de todo sexo. No solo ha infestado esta supersticion las ciudades, sino los pueblos y las campiñas. Con todo, es muy fácil detener su marcha. A lo menos es cierto que vuelven á frecuentarse los templos, casi enteramente abandonados, que se celebran de nuevo sacrificios, mucho tiempo ha interrumpidos, y últimamente, que se venden en todas partes las carnes ofrecidas en los sacrificios, que antes compraban pecas gentes. De todos modos podemos juzgar que muchos volverán de su error, si se perdona á los arrepen- tidos.”

Tenemos en esta carta de Plinio una prueba auténtica é incontestable de los progresos inmensos que el cristianismo habia hecho, al menos en Oriente, desde el fin del primer siglo: tambien se deduce de ella la injusticia ó crueldad de los magistrados, que condenaban á los cristianos á muerte únicamente por su perseverancia, y sin cuidar si consistia ésta en cosas inocentes ó criminales. Por lo

demas se ignoran los nombres de los infelices que sufrieron la muerte en esta ocasion, y esta misma falta de noticias autoriza para creer que hubo un gran número de otras que enteramente desconocemos; porque los archivos de muchas Iglesias fueron quemados durante la persecucion de Diocleciano.

No mehos digna de copiarse es la respuesta de Trajano á la carta anterior, porque no es otra cosa que un acuerdo que sirvió de ley general reinando los emperadores que le siguieron, y subsistió cerca de un siglo: dice en una parte: “Habeis seguido, querido Plinio, la conducta que debtais en las causas de los acusados por cristianos, porque una regla uniforme no puede establecerse, aplicable á casos tan diferentes. No se haga requisicion alguna contra los cristianos: pero si los denuncian y son convencidos, necesario es castigarlos; de modo, sin embargo, que los que nieguen esta profesion y lo muestren con hechos, sacrificando á nuestros dioses, obtengan el perdon, aunque sean siempre sospechosos por sus antecedentes. En enanto á los libelos presentados sin nombre de su autor, no deben tener efecto en ninguna clase de acusaciones: sería cosa de mal ejemplo y enteramente indigna de nuestro siglo.”

Véanse las decisiones absurdas y contradictorias que el odio encarnizado contra los cristianos puede dictar á un principe, no desnudado enteramente de moderacion ni de talento. Tertuliano dice: “¿Qué significa esta mezcla de contradicciones que se combaten entre sí? Si mandais castigar un delito, ¿por qué prohibis su persecucion? Si condenais al denunciado, sin querer que se le averigüe la existencia, manifestais claramente que no se le castiga por delincuente, sino porque fué descubierto, como si el ser denunciado fuera delito.”

Esta orden de Trajano mitigó la persecucion en algunos puntos; pero lejos de hacer que enteramente cesase, proveyó á los enemigos del cristianismo de pretextos nuevos para perderlos, aun bajo el mando de los emperadores mas morigerados. Sábese que las antiguas leyes romanas prohibian el ejercicio de todo culto nuevo ó extranjero que no hubiera sido reconocido por la pública autoridad (1), y se puede juzgar por los consejos que daba Mecenas á Augusto sobre el mismo asunto, cuán importante era esta prohibicion para la política de los emperadores (2). En virtud de estas leyes generales habian sido condenados muchos cristianos en el reinado de Vespasiano por los gobernadores de algunas provincias, aunque las órdenes de Neron habian sido revocadas. Pero los edictos de Trajano contra las reuniones, y sobre todo su rescripto á Plinio, solo sirvieron de nuevo aliciente para la persecucion, y causaron condena-

(1) Véase á Ciceron en las leyes que expone como el resúmen de la jurisprudencia romana, lib. II de leg., núm. 19.

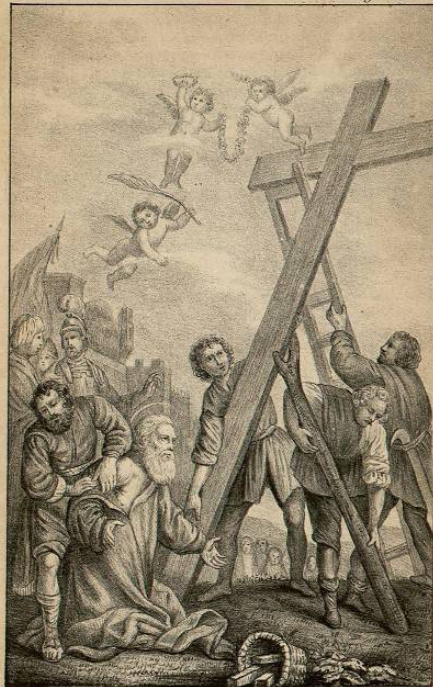
(2) Véase á Dion Cas., lib. LII.

ciones mas frecuentes y numerosas porque solo se aplicaban á los cristianos. Era entonces suficiente que un enemigo de ellos acusase jurídicamente á cualquiera para ser sentenciado á muerte, si no se prestaban á renegar de su fé; porque la pena era capital; pero el género de suplicio á elección de los jueces.

Por otra parte, como los cristianos no inmolaban víctimas, y en ellos no se notaba ninguna clase de supersticion exterior, que era la base de la religion de los paganos, el populacho ignorante acogia gustosamente las acusaciones de ateísmo que les achacaban, y los sacerdotes paganos sacaban partido de ellas en todas ocasiones, excitando el fanatismo de los suyos, y haciendo odiosos á los sectaces de la nueva religion que amenazaba su existencia. De aqui resultaba que los pueblos daban en los anfiteatros gritos tumultuosos pidiendo la destruccion de los impíos, y los magistrados cedian con facilidad á sus clamores, ya por odio personal ó por otros motivos, de modo que sin nuevos edictos para mandar la pesquisa general se lograban particulares persecuciones demasiado frecuentes en todas las provincias.

Los cristianos de la Palestina eran mucho mas odiados, primero por su religion, y luego porque los mas eran originariamente judíos. Sobre todo se perseguia á los que procedian de la familia de David, para extinguir totalmente la familia real, y quitar de este modo á los judíos todo pretexto de insurreccion, mediante á que el Mesías que esperaban debía salir de ella. San Simeon, obispo de Jerusalem y primo de Jesucristo, fué denunciado al consular Atico, gobernador de Siria, como que era de aquella familia, y ademas cristiano. Habia sucedido á Santiago el menor, de quien se cree que era hermano; y despues de haberse retirado con los cristianos á la ciudad de Pella, durante la guerra de Judea, vino á establecerse despues á Jerusalem, donde los romanos permitian reedificar sus habitaciones. Denunciaronle unos hereges que pertenecian á diferentes sectas mas judías que cristianas, porque sobre todo, querian que prevaleciesen las prácticas y ceremonias legales de la antigua ley. Muchos dias fué el santo atormentado, y á pesar de su edad, manifestó un vigor y un valor que admiraron á los espectadores y al mismo gobernador. Como no se le pudo obligar á que sacrificase á los ídolos, fué condenado, por último, al suplicio de la cruz. Murió de edad de ciento y veinte años, en el de 107 de Jesucristo, despues de haber gobernado la Iglesia de Jerusalem cuarenta y tres. Sucedióle Justo (1), que era de nacimiento judío, como la mayor parte de los fie-

(1) Berault-Berastel repite con Fleury, que Thebutis, que aspiraba á este puesto, se hizo herege por no haberlo obtenido. Pero Hegeaipo, cuyas palabras cita Eusebio, no señala la plaza que aquel descabá; y si la manera con que se explica puede hacer suponer que se trata de la silla episcopal de Jerusalem, tambien manifiesta que este hecho debe referirse al tiempo de la eleccion de San Simeon, y no de su sucesor. En cuanto á lo que se cita del mis-



ST SIMEON, OBISPO DE JERUSALEN

les de que estaba compuesta aquella Iglesia, y despues de éste, hubo ademas doce obispos, circuncisos como aquel, hasta el momento en que fueron arrojados todos los judíos de la ciudad, en tiempo de Adriano, en el año 136. Todos estos obispos disfrutaron poco tiempo la silla, sea que los escogiesen entre los mas ancianos sacerdotes, ó que fuesen víctimas de la persecucion.

Entre los cristianos que sufrieron el martirio bajo el imperio de Trajano, se cita á San Crescencio, discipulo de San Pablo y fundador de la Iglesia de Viena, en las Galias; San Zacarias, sucesor en la misma silla; á San Cesareo, diácono de Terracina en Italia, y honrado como patron de esta villa; á Santa Flavia Domitila, á quien mataron poniendo fuego en un cuarto, donde estaba con dos jóvenes que la servian, Eufrosina y Teodora. Poco tiempo antes habian sido martirizados, ademas de Nereo y Aquiles, de quienes ya hemos hablado, Victorino, Eutiques y Maron, que tambien eran sus criados. En Oriente, donde la persecucion fué mas violenta aún, despues que Trajano se habia trasladado allá para hacer la guerra á los partos, puédesse reparar en San Barsimeo, obispo de Edesa, que padeció hácia el fin del reinado de aquel príncipe; á Santa Eudoxia, martirizada en Heliópolis de Fenicia; á San Zózimo en la Pisidia, ademas de otros muchos indicados en los martirologios, aunque no se conocen mas que sus nombres.

Pero un mártir mucho mas célebre fué San Ignacio, obispo de Antioquia. Habia sido por mucho tiempo discipulo de los apóstoles, especialmente de San Pedro y San Juan, y se cree, segun el testimonio de San Juan Crisóstomo, que San Pedro le habia consagrado obispo. Despues sucedió á San Evodio, martirizado en el último año de Neron, y durante los cuarenta que gobernó la Iglesia de Antioquia, la autoridad de sus luces y su activo celo, sirvieron para fortalecer las Iglesias de Oriente contra las seducciones heréticas. Cuando pasó Trajano por Antioquia de camino á su expedicion de Oriente, el santo obispo, que hacia mucho tiempo deseaba padecer el martirio, no quiso huir ni esconderse, estando en la persuasion de que su muerte podria impedir la perdicion de su grey, satisfaciendo el ódio de los enemigos del cristianismo. Conducido á presencia del emperador, que le dijo colérico: "¿Sois vos quien quebranta mis órdenes, y como el mal demonio, conduce á los demas á su perdicion?" Respondió Ignacio: "Nadie hasta ahora ha dado el nombre

mo Hagesipo respecto á las sectas, que empezaban entónces á levantarse en la Iglesia, es visible que se han interpretado mal sus palabras, que igualmente se refieren á la época de la eleccion, y no de la muerte de San Simeon; y en lo que dice, hablando de la Iglesia, que antes habia quedado virgen, debe entenderse del tiempo que precedió á la muerte de los apóstoles, porque claramente se infiere de su relacion en el pasage citado por Eusebio, relativo á Thebutis (Hist. lib. IV, cap. XXII), aunque este historial en otro parage parece darle otro diferente sentido.

